

Al escribir esta historia de impresiones más bien que de hechos, pronto se llega á la desaparición del meteoro, al fin de esa novela increíble, aunque nada fabulosa, de que fué heroína la sociedad de Londres, y héroe Brummell. Pero, en la realidad, ese fin se hizo esperar mucho. A falta de hechos, que son la medida histórica del tiempo, tómense fechas, y se apreciará la profundidad de ese influjo por su duración. De 1793 á 1816 van veintidós años. Ahora: en el mundo moral como en el físico, lo que es ligero fá-

cilmente se disipa. Un éxito continuo de tantos años prueba, pues, claramente, que la existencia de Brummell respondía á una necesidad de la naturaleza humana bajo el imperio del convencionalismo social. Así, cuando más tarde tuvo que abandonar á Inglaterra, no desapareció el interés que supo concentrar en su persona. El entusiasmo no se apartaba de él. En 1812 y en 1813 era más poderoso que nunca, á pesar de los descabros que por culpa del juego sufrió su fortuna material, base de su elegancia. Era muy jugador, en efecto; y no hay para qué dilucidar si estaba en su organismo ó en las tendencias de la sociedad en que vivía, esa audacia que afronta lo desconocido y esa sed de aventuras que engendra los jugadores y los piratas; lo seguro es que la sociedad inglesa se siente más ávida aún de emociones que de guineas, y que no se domina una sociedad sino penetrándose de sus pasiones. Otra razón había, á lo que parece, para que Brummell declinara aparte de las pérdidas en el juego, y fué su ruptura con el Prín-

cipe que le consagró su amistad, y que, por decirlo así, había sido el único cortesano de sus relaciones. El Príncipe adquirió obesidad—pólipo que atenaza la belleza, y la mata estrujándola suavemente—y Brummell, con su implacable ironía y con ese infernal orgullo que el éxito inspira á los corazones, llegó á burlarse á veces de los esfuerzos de coqueta impotente para reparar las injurias del tiempo que comprometían al príncipe de Gales. Habiendo en Carlton-House un portero de una corpulencia monstruosa á quien se apodaba *Big-Ben* (Benjaminón), Brummell trasladó al señor el apodo del criado. A mistress Fitz-Herbert la llamaba también *Benina*. Befas tan audaces no podían menos de herir en lo hondo á aquellas almas vanidosas; y entre las mujeres que rodeaban al Príncipe hereder, no fué su amante la única en ofenderse por las familiaridades de la ironía de Brummell. Tal fué, para decirlo de pasada, la causa real de la desgracia en que cayó de repente el gran dandí. La historia de la campanilla, que

se dió como explicación en un principio, es apócrifa, á lo que parece (1). Mr. Jesse la rechaza, apoyándose, no sólo en la negativa de Brummell, sino en la vulgar insolencia (*the vulgar impudence*) que revela, y tiene razón; porque insolencia, muy á menudo la tenía el dandi, pero vulgaridad nunca. Sobre que, además, un hecho aislado, por significativo que sea, no iguala en gravedad, para motivar la caída, á los cien mil saetazos envenenados que Brummell disparaba con la mayor naturalidad contra las afectaciones del Regente. Lo que toleró el marido de Carolina de Brunswick, no podía soportarlo el amante de mistress Fitz-Herbert, de lady Conyn-

(1) He aquí la historia. Supónese que una noche, estando cenando, y para ganar la más irrespetuosa de las apuestas, Brummell dió esta orden al príncipe de Gales: «¡Jorge, llame usted!» señalándole la campanilla. Se añade que el Príncipe obedeció, y que, indicando á Brummell, dijo al criado que se presentaba: «Lleven á la cama á ese borracho.—(N. del A.)

gham (1). Y si aun hubiera soportado que el favorito hiriese impunemente á las favoritas, el Príncipe no podía sufrir sin resentirse que se le atacase á él en su persona física, su verdadero yo. El «¿Quién es ese gordinflón?» dicho públicamente por Brummell en Hyde Park, señalando á su Alteza Real, y multitud de frases semejantes, lo explican todo mucho mejor que un olvido de las conveniencias, máxime estando disculpado por una apuesta.

(1) La influencia y las chanzas mismas de Brummell entraron por mucho en el alejamiento del príncipe de Gales respecto de Carolina de Brunswick. Sabido es que aquella famosa noche de bodas, pasada por el Príncipe sobre una alfombra al lado del fuego, mientras la joven esposa lo esperaba entre las blandas plumas del lecho nupcial, fué precedida de una cena con los dandies. Esos hombres positivos no se entusiasmaron con el sentimentalismo vaporoso, algo materializado después, que Carolina traía entonces de Alemania; ¡y luego, Carolina era la mujer legítima en el país de la felicidad conyugal oficial, y de

Pero hacia esta época (1813) ni el alejamiento rencoroso del Príncipe ni los reveses sufridos en el juego, habían quebrantado todavía la posición de Brummell. La mano que sirvió á su elevación no lo dejó caer al retirarse, y la opinión de los salones le quedó fiel. No fué eso todo. El Regente vió con amargura á un dandí medio arruinado luchar arrogantemente en influencia contra él, al hombre más elevado de la Gran Bretaña. Anacreonte-

las *escanciadoras* de tel. Ahora bien: el dandismo, que busca lo imprevisto y detesta la pedantería de las virtudes domésticas, debe preferir todas las desgracias acarreadas por una amante á la imperturbable felicidad pública de lord y lady Grey, por ejemplo, tan ensalzada por madame de Staël. Los dandíes, que se codean en Inglaterra con esas dichas legales, no tienen ni pueden tener las opiniones de madame de Staël, que no podía verlas mucho en los salones de París. La poesía nace de la distancia, y bien es que la imaginación tenga siempre una quimera que acariciar; pero cuando la mujer que se retrata en Corina, que

Arquiloque Moore, que no siempre escribía en papel azul celeste, y cuyo odio irlandés sabía acertar á veces con la frase más mortífera, ponía en boca del príncipe de Gales estos versos dirigidos al duque de York y citados en todas partes: «Nunca he tenido resentimientos ni deseo de hacer daño á nadie, salvo, ahora que lo pienso, al bello Brummell, que el año pasado me amenazó colérico con hundirme en la nada, y hacer ocupar mi puesto en la *fashion* al viejo rey Jorge.» Esos versos ofensivos ¿no daban la razón al rey de los dandíes cuando; á propósito del dandí regio, decía al coronel MacMahon: «Yo, que he hecho de él lo que es, bien puedo deshacerlo? ¿Y no demostraban palmarianente la independencia y la soberanía del poder

amó á D., que amó á C., que amó á T., acaricia una quimera como aquella, se halla más lejos de la verdad del corazón y de la imaginación que los dandíes, y rebaja á madame de Staël, reduciéndola á simple hija de mada, me Necker.—(N. del A.)

que ejercía en la opinión ese Warwick de la elegancia? Una prueba más patente aún de ese poderío dieron en 1813 los jefes del Club wadier, que preparando una fiesta solemne, deliberaron en serio si invitarían al príncipe de Gales, estando enemistado con Brummell. Fué preciso que Brummell que sabía ser impertinente hasta en la generosidad, insistiera mucho en que se invitase al Príncipe. El se alegraba, sin duda, de ver en su campo (puesto que era del Club) al anfitrión que no veía en Carlton-House, y se bañaba en agua de rosas, preparando ese encuentro de los dos en presencia de toda la juventud dorada de Inglaterra; pero el Príncipe, inferior á sí mismo en esta entrevista, y olvidando sus pretensiones de cumplido caballero, no se acordó siquiera de los deberes que impone la hospitalidad á los que la reciben, y Brummell que esperaba oponer dandismo á dandismo, respondió á los esguinces de su Alteza con esa elegante frialdad en que se escudaba como en una armadura, y que lo hacía invulnerable (1)

(1) Quizá sería mejor decir: *que*

De todos los Clubs de Inglaterra ese Club Wadier era precisamente en el que más dominaba el furor del juego. Había allí escándalos inauditos. Ebrios de Porto aderezado con jengibre, esos *estragados*, consumidos de *spleen* iban todas las noches á engañar su mortal aburrimiento y á enardecer su sangre normanda—sangre que no hierve más que cuando se saquea—exponiendo á un golpe de dados las más espléndidas fortunas. Brummell, como se ha visto, era el astro de ese famoso Club. No lo hubiera sido si no engolfarse en lo más recio del juego y de las apuestas que en él se cruzaban. En puridad de ver-

hacia creerlo invulnerable. Pero los dandies ahogan en su pecho el bello suspiro de laxitud de la Cleopatra de Shakespeare: «¡Ah! ¡Si tú supieses qué trabajo es llevar tan cerca del corazón, como yo la llevo, esta indiferencia!» Esos estoicos de los salones embeben en su máscara la sangre que les corre, y siguen enmascarados. Para los dandies, como para las mujeres, *parecer es ser.* (N. DEL A.)

dad, no era ni más ni menos jugador, que todos los que se agitaban an ese delicioso pandemonium, donde se pedian sumas locas con una perfecta indiferencia, que era en tales casos para el dandi lo que la gracia para los gladiadores que caian en el circo. Muchos participaron, en todos conceptos, de la suerte común exactamente o mismo que él; pero muchos hubo que pudieron afrontarla más tiempo. Aunque hábil á fuerza de sangre fria y de costumbre, no podia nada contra el albur que debia hacerle pagar la felicidad de su vida con la pobreza de sus últimos días. Los extranjeros que llegaron á Londres en 1814, los oficiales rusos y prusianos de los ejércitos de Alejandro y de Blücher redoblaron la conflagración del juego entre los ingleses. Fué el momento terrible del desastre para Brummell. Su gloria y su posición tenían un punto aleatorio por donde una y otra debian eclipsarse. Como todos los jugadores, se encarnizó contra la suerte y fué vencido. Recurrió á los usureros, y se hundió en los préstamos—se ha

añadido que arrastrando su dignidad en la caída, pero sobre esto nada preciso consta. Lo que acaso habria podido autorizar algunos rumores es que estaba dotado de las cualidades peligrosas que, haciendo aparecer blanco lo negro, subliman hasta las mismas bajezas (1), y que él abusó á veces de esas cualidades. Asi, por ejemplo, se recordaba haberle visto aceptar, en sus últimos apuros, una cantidad bastante considerable de un individuo que quería figurar entre los dandies, acogiéndose al hombre á quien reconocían por soberano. Después, reclamando el dinero en medio de un círculo numeroso, Brummell respondió tranquilamente al importuno

(1) Esas cualidades han arrastrado siempre á los que las tuvieron. Recuérdese, por ejemplo, á Enrique IV, al duque de Orleans (el Regente), á Mirabeau, etc., etc. Enrique IV las tenía en pequeño grado, es verdad, pero el Regente las tenía en gran escala y Mirabeau en escala enorme. Mirabeau desplegaba tanto orgullo en remover el cieno como alegría y gracia

acreedor que ya le había pagado. «¡Pagado! ¿cuándo?» preguntó sorprendido el prestamista; y Brummell, de la manera inolvidable que sabía, contestó: «Pues estando en la ventana de White, cuando pasó V., y le dije: *Jemmy, ¿cómo está V.?*» Tal respuesta extremaba la gracia hasta el cinismo, y no hacen falta muchas de ese jaez para prevenir desfavorablemente contra el que las pronuncia á todo el que las oye.

A parte de esto, acababa de sonar para Brummell la hora en que ya no se es justo con nadie, la hora de la desgracia. Su ruina estaba consumada; él lo sabía. Con su impasibilidad de dancí calculó, reloj en mano, el tiem-

el duque de Orleans en afrontar sus manchas. ¿No se ha visto á éste *espiritualizar* puntapiés en...? ¿y de qué pie?... de la pezuña de Dubois. En esto pecaron, más que Brummell, esos profanadores de facultades adorables, porque no tenían, como él, en frente de sí, una sociedad puritana: cosa que explica todos los excesos y justifica muchos errores —N. del A.)

po que le quedaba de estar en el campo de batalla, en el teatro de los éxitos más admirables que jamás ha tenido hombre de mundo, y resolvióse á no exhibir en él su humillación después de la gloria. Hizo lo que esas crullosas coquetas que prefieren abandonar al que aman todavía, antes que verse abandonadas por quien no las ama ya. El 16 de mayo de 1816, después de comer un plato de capón enviado por Watier, se bebió una botella de Burdeos (1)—Byron se bebió dos, cuando respondió al artículo de la *Revista de Edimburgo* con su sátira de los *Bardos ingleses y de los críticos escoceses*—y en seguida, á la manera que aventura una jugada el que se ve perdido, aun contando de antemano con el fracaso, escribió negligentemente esta carta, ya conocida:

(1) Sistema fisiológico inglés. El valor moral marcha al par con la fuerza física. Los ingleses son malos soldados si están mal alimentados. La gloria de Wellington, es haber sido siempre un excelente abastecedor.—
(N. del A.)

«Mi querido Scrope: mándeme doscientas libras. El Banco está cerrado, y tengo todos mis fondos en el 3 por 100. Le devolveré ese dinero mañana por la mañana.

»Suyo affmo.,

»Jorge Brummell.»

Scrope Davies le contestó inmediatamente con esta otra carta, espartana en punto á laconismo y amistad:

«Mi querido Jorge: Es un gran contratiempo. pero tengo en el 3 por 100 todos mis fondos.

»Suyo affmo.

»Scrope.»

Brummell era demasiado dandí para sentirse de esta respuesta. No era hombre para moralizar sobre la materia, dice con mucha oportunidad Mr. Jerse. Por afición de jugador á las decisiones del azar, echó un papel al agua, y el agua se lo llevó. La respuesta de Scrope tenía una sequedad cruel; pero no era vulgar. Quedaba

pues, sano y salvo el honor de dandí á dandí. Brummell se vistió estoicamente, y aquella misma noche se presentó en la Opera. Allí fué lo que el fénix en la hoguera, y con más belleza aún, porque comprendía que no renacería de sus cenizas. ¿Quién hubiera dicho al verlo, que era hombre al agua? El coche que tomó después de la ópera fué una silla de posta. El 17 estaba en Douvres, y el 18 había abandonado á Inglaterra. Algunos días después de esa partida se vendía *by auction* (1) por orden del *sheriff* de Middlsex, el elegante mobiliario del dandí (*man of fashion*), «que había partido para el Continente», según decia el libro de venta. Los compradores fueron las personas más de moda de Londres y lo más distinguido de la aristocracia inglesa. Entre ellos figuraban el duque de York, los lores Yarmouth y Besborough, lady Warburton, sir H. Smyh, sir H. Peyton, sir W. Burgoyne, los coroneles Sheddony Cot-

(1) Pública subasta.

ton, el general Phipps, etcétera, etcétera. Todos querían, y pagaron como pagan los ingleses un capricho, aquellas preciosas reliquias de un lujo refinado, aquellos objetos consagrados por el gusto de un hombre, aquellas bagatelas tocadas y usadas por Brummell. Lo que más caro pagó esa sociedad opulenta, en que lo superfino había pasado á ser lo necesario, fué precisamente lo que menos valor tenía en sí, las fruslerías (*the knick knacks*) que no son nada sino por la mano que las ha escogido y por el capricho que las ha engendrado. Brummell pasaba por tener una de las numerosas colecciones de tabaqueras que ha habido en Inglaterra. Se abrió una en que se éia, escrito de su puño: «Yo destinaba esta caja al Príncipe Regente, si se hubiese portado mejor conmigo.» La naturalidad de semejante frase hace subir de punto su impertinencia. Sólo las fatuidades de bajo vuelo carecen de sencillez.

Llegado á Calais, «acilo de los deudores ingleses», Brummell trató de engañar el destierro. Se había llevado

en la huida algunos restos de su pasada magnificencia, y esos restos de una fortuna inglesa eran casi una fortuna en Francia. En casa de un librero de la ciudad alquiló una habitación y la alhajó con un gusto suntuoso, que recordaba su gabinete de Chesterfield-Street ó sus salones de Chapel-Street, en Park-Lane. Sus amigos—si es lícito escribir una palabra tan sincera, porque los amigos de un dandi son hasta cierto punto los chichisveos de la amistad—proveyeron á los gastos de su vida, que durante mucho tiempo conservó cierto brillo. El duque y la duquesa de York, con quienes había intimado más desde su ruptura con el príncipe de Gales, Mr. Chamberlayne y otros muchos, acudieron entonces y después nobilísimamente en ayuda del Bello desgraciado, demostrando así, con más elocuencia que nunca, la poderosa impresión que produjo en todos los que le conocieron. Fué pensionado por los hombres á quienes cautivó, como un escritor ó un orador político lo son á veces por los partidos cuyas opiniones representan. No era

nueva ni degradante en las costumbres inglesas, esa liberalidad. ¿No recibió Chatham una suma considerable de la vieja duquesa de Marlborough por un discurso de oposición? Y Burke mismo, que no tenía la grandeza de Chatham, y que hacía *bombast* (1) en materia de virtud como de elocuencia, ¿no aceptó del Ministro, marqués de Rockingham, una propiedad que le valió el ser elegible para el Parlamento? Lo que era nuevo era el motivo de esa liberalidad; lo que era nuevo es que algunas personas recompensasen un placer sentido como se recompensa un servicio prestado; en lo cual no iban descaminadas, porque ¿puede hacerse mayor servicio á las sociedades aburridas, que proporcionarles algún placer?

Pero todavía hubo algo más asombroso que ese ejemplo de una gratitud siempre rara. El ascendiente del dandi no había muerto á manos de la ausencia; sobrevivía á su partida. Los salones de la Gran Bretaña se ocupa-

(1) *Bombast* es hinchazón.

ron de Brummell desterrado tanto como cuando estaba presente, dictando sus decretos á esa sociedad que se somete al que la ama, pero que aplasta al que la abandona. La atención pública traspasaba la niebla, franqueaba el mar, y llegaba hasta esa ciudad extraña de la otra orilla donde el dandi se había refugiado. La *fashion* hizo más de una peregrinación á Calais. Allí se vió á los duques de Wellington, de Rutland, de Richmond, de Beaufort, de Bedford; á los lores Sef-ton, Jersey, Willoughby Eresby, Craven Ward y Stuart de Rothsay. Tan soberbio como en Londres, Brummell conservó todos los hábitos de su vida exterior, Lord Westmoreland, pasando un día por Calais, le envió á decir que tendría mucho gusto en darle de comer y que la comida sería á las tres de la tarde. El *Bello* respondió que no comía nunca á esa hora, y desairó á su excelencia. Vivía, por lo demás, con la monótona rutina con que viven en el continente los ingleses ociosos, y en medio de una soledad tan sólo interrumpida por las visitas de sus com-

patriotas. Aun cuando no afectase altanería de aristócrata ó de misántropo, su cortesía respiraba tal solemnidad, que no atraía mucho á los hombres á quienes el azar lo acercaba: seguía siendo un extraño por la lengua (1), y lo era más aún por los hábitos de su pasado. Un dandí es más insular que un inglés, porque la alta sociedad de Londres es como una isla dentro de otra isla; y, á mayor abun-

(1) Se conoce la broma de Scrope Davies á que Byron dispensó el honor de un eco en uno de sus poemas: «Como Napoleón en Rusia, Brummell, al aprender el francés, fué vencido por los *elementos*.» Es un poco fuerte; pero, en fin es una broma. No dejó de ser incorrecto é inglés en nuestra lengua, como todas esas bocas acostumbradas á mascar el gujarro sajón y á hablar á orillas de los mares; pero su manera de decir, corregida por la selección ya que no por la propiedad de las palabras, y sus maneras de *gentleman* intachable, daban á lo que decía una distinción extraña y extranjera. una originalidad seria, aunque rara, que no dejaba de favorecerle.

damiento, no ha de excederse allí en flexibilidad y en agrado el que quiera parecer distinguido. Con todo, á pesar de su reserva un poco orgullosa (1), resistía menos á las insinuaciones, cuando se le hacían con el aliciente de una buena comida. Su afición á la mesa, delicada como un gusto, y exigente como una pasión, fué siempre uno de los aspectos más desarrollados de su sibaritismo. Gracias á esa sensualidad, bastante común en los hombres espirituales, era menos intratable su vanidad; pero todo lo obscurecía su incomparable aplomo. «¿Quién es ese que le saluda á V., Sef-tón?» preguntaba á lord Sef-tón en un paseo público, y era el honrado pro-

(1) Los dandies no rompen nunca completamente con el puritanismo original. Su gracia, por grande que sea no tiene la *soltura* de la de Richelieu; no llega nunca hasta el olvido de toda reserva. «En Londres—dice el príncipe de Ligne—cuando uno es persona afable y corriente, pasa por extranjero.—(N. DEL A).

vinciano en cuya casa comia él, Brummell, el día mismo que lo saludaba.

Vivió en Calais varios años, y probablemente ocultó muchos dolores bajo la capa de esa vanidad siempre prevenida. No dejó de sufrirlos también su inteligencia, viendo que le era imposible conversar á él, hombre de conversación ante todo (1). Su espíritu necesitado de la chispa del ajeno

(1) Se habla varias lenguas, pero no se *conversa* familiarmente más que en una. París mismo no hubiera reemplazado á Londres para Brummell. Esto aparte de que París corre hoy parejas con cualquier otra ciudad en punto al cultivo de la conversación amena y chispeante (de la *causerie*). La conversación es aquí casi nula, y Mad. de Stael no estaría ahora muy prendada de su *arroyo de la calle del Bac*. En París todos se preocupan demasiado del dinero que no tienen, y se creen demasiado iguales para pensar en lo que hablan... Hay tan pocas ganas de derrochar el ingenio como cualquier otra cosa. En Londres el interés de hacer una fortuna agita y domina á muchos espíritus; pero á cierta altura existe una sociedad que puede

para inflamarse, se hallaba huérfano de recursos. ¡Terrible angustia que ha sentido madame de Staell! El pensamiento de que su nombre llegaba á Londres, de que los más encopetados personajes de esa sociedad que ya no frecuentaba iban de cuando en cuando á llevarle algún recuerdo mezclado de una curiosidad imperecedera, no bastaba para indemnizarle de lo que ha-

pensar en algo más que en eso. Luego hay clases (clasificación buena ó mala, no hace al caso), y no se necesita más para poner en prensa el ingenio y hacer que brote su espuma. En una sociedad así ¡es menester tanta delicadeza para ser impertinente, y tanta gracia para que complazcan las cortesías! Ahora bien: las dificultades crean los héroes, y en París es demasiado fácil la vida de salón: todo se reduce á entrar y salir. Los escritores y los artistas deberían reanimar las sensaciones de los demás y tener siempre en su espíritu siquiera las limaduras de oro de sus trabajos, quedan tan deslucidos en sociedad como las gentes medianas. Fatigados de pensar durante todo el día, van á desentumecerse por la noche escu-

hía perdido. Pero la vanidad de un dandi, cuando sufre, es casi orgullo; enmudece, como la vergüenza. ¿Quién le ha tenido en cuenta eso al hombre frívolo? No sabiendo qué hacer quizás de facultades inútiles para lo sucesivo, se consagró á una correspondencia con la duquesa de York, á quien pintó un abanico de chimenea sumamente complicado, con figuras inventadas por él. En Belvoir, en Oatlands,

chando música que los absorbe como faquires, ó á tomar té como chinos. No conozco más que una excepción...

Brummell vino á París, pero no permaneció. ¿Qué podía hacer aquí? No gastaba ya el lujo que lo hubiera transformado de nuevo en un ser fascinador, así hubiera sido tan tonto y tan feo como el príncipe T... No le quedaba más que las maneras cuya significación se pierde de día en día. El pasado de ese hombre hubiese sido totalmente incomprensible: triste impresión para él triste espectáculo para los demás! Uno parecido ha dado la señora Guiccioli, y sin embargo, era mujer, y cuando se trata de una mujer hay siempre sexo y nervios en nuestras opiniones.—N. DEL A.)

en todas partes lo habían colmado de favores los Duques; pero desde la traición de la fortuna, la Duquesa le atostignó sentimientos que proyectan un rayo de seria ternura sobre esa brillante y árida vida (1). Brummell no lo olvidó jamás. Más aún: parece que, á no ser por la amistad de la duquesa de York, á quien había prometido no revelar lo que sabía de la vida íntima del Regente había escrito Memorias y rehecho así su fortuna; por-

(1) Son sentimientos singulares. No existe amistad entre las mujeres (¿por qué la verdad no es siempre original?), y un dandi es mujer en ciertos respectos. Cuando deja de serlo, es peor que una mujer para las mujeres; es uno de esos monstruos que llevan la cabeza encima del corazón. Hasta como amigo es detestable. Hay en el dandismo una frialdad, una sobriedad, un espíritu hurlón, y una movilidad, aunque contenida, que deben prevenir inmensamente é esas máquinas dramáticas de lágrimas para que enes los enternecimientos son más aún que la ternura. En la primera juventud, menos les previene, por ejemplo, el odioso puritanismo. Los jóvenes

que los editores de Londres le ofrecieron sumas inmensas por precio de sus indiscreciones. Ese silencio tan delicado bien se lo hiciese guardar la Duquesa ó lo guardase de suyo, no traspasó grandemente la espesa capa de egoismo de Jorge IV. Verdad es que, cuando pasó por Calais, para ir á visitar su reino de Holanda (1821) dejó, con el abandono de un alma indiferente, que su séquito arreglase las

muy graves agradan á las jóvenzuelas. Subyugadas por una actitud y no pocas veces por un encogimiento que se domina para no ser notado, creen ver profundidad cuando miran al vacío. Delante de un dandí, delante de la ligereza del espíritu, piensa en esa otra ligereza de que hablan las madres delante de sus hijas haciendo repulgos. Sin embargo, á pesar de eso —y acaso por eso, porque no dominan á quien las domina— pueden muy bien enamorarse de un dandí; y, en general, ¿de quién no cabe enamorarse en esta vida? Pero aquí no se trata sino de amistad, es decir, de una elección más aún que de una simpatía.— (N. del A.)

cosas para una reconciliación; pero Brummell no cedió sino muy á remolque á esas combinaciones oficiosas. Como *la vanidad no nos deja nunca, ni aún en el potro*, se negó á pedir audiencia al Príncipe, que no era á sus ojos más que un dandí muy inferior á él. Puesto al paso de Jorge, permaneció dolorosamente cobinado. El antiguo convidado de Carlton-House le vió sin la emoción que se experimenta al volver á ver á un compañero de la juventud—ese sentimiento sonriente del pasado, poesía para uso de los más vulgares.—Otra vez, como le ofreciesen una tabaquera que él recordaba haber pertenecido á la famosa colección de Brummell, pidió que se lo presentaran, y señaló la hora de la recepción para el día siguiente. ¿Qué habría pasado si lo hubiese visto? ¿Habría vuelto á reinar en Londres el *Rey de Calais*, como se llamaba á Brummell? Pero al día siguiente, habiendo recibido Jorge IV despachos que le obligaban á adelantar su salida se olvidó completamente de Brummell. La poca diligencia del dandí fué

igual por lo menos á la indiferencia del Príncipe. Esa indolente repulsa de toda aproximación al rey de Inglaterra no dejaba de ser una falta colocándola en el punto de vista de la política de la vida; pero, si no la hubiera cometido, Brummell hubiese sido menos Brummell (1).

Jorge IV no volvió á hablar después del dandí encontrado en Calais; cayó nuevamente en la letargia de los recuerdos. Brummell no se quejó; guardó ese firme y discreto silencio que es el buen gusto del orgullo; y eso

(1) Involuntariamente piensa uno en los versos divinos del *Sardanápalo*:

If.....
thou feel'st an inward shrinking
 from this leap through flame into the
 future, say, it: *I shall not love thee
 less; nay, perhaps more for, yield-
 ing to thy nature...*

«Si sientes un estremecimiento interior al pensar precipitarte en el porvenir al través de estas llamas, dilo; *no te he de amar menos por eso, no; quizá te ame más por haber cedido á tu naturaleza.*»—(N. del A.)

que un alma más débil hubiese encontrado no pocos motivos de recriminaciones en los acontecimientos que siguieron. A muy poco se agotaron sus recursos de Inglaterra; vinieron las deudas; vino la miseria. Brummell iba á empezar á bajar esa escalera del destierro en medio de la pobreza, de que habla Dante, y á cuyo pie debía hallar la prisión, la limosna y un hospital de locos para morir. La mano que lo detuvo otra vez en los primeros peldaños de esa horrible escalera fué una mano real, la mano de Guillermo IV, cuyo Gobierno creó una plaza de Cónsul en Caen, y se la dió. Ese puesto eocasamente retribuido en un principio, acabó por serlo menos á consecuencia de la incapacidad (1) desdeñosa de Brummell para desempeñarlo (2), y hasta se lo quitaron

(1) Más exacto sería decir: la *imposibilidad* desdeñosa.

(2) El necesitaba hombres que seducir, y le daban negocios que arre-

más tarde. Los Gobiernos, que deberían clasificar á los hombres, ¿creen haber hecho mucho por ellos, cuando los colocan en situaciones reñidas con su vocación? El tiempo que pasó Brummell en Caen fué una de las fases más largas de su vida. La nobleza de esa ciudad, acogiéndolo calurosamente y rodeándolo de consideraciones, demostró que los antepasados de los ingleses eran normandos. Eso puó templar, pero no evitar las angustias que amargaron sus últimos días. Mr. Jesse ha consignado esas humillaciones, esos

glar. Si el capricho, si la suerte loca de la mitad de su vida no lo hubiesen hecho refractario á todo lo que fuesen funciones y deberes públicos, quizá se hubiesen encontrado en él facultades de diplomático que poder utilizar. Decimos quizá; no afirmamos. Lord Palmerston ha demostrado sobradamente lo que puede ser el dandismo en política, cuando se trata de él sólo. Enrique de Marsay es una ficción bien tentadora; pero un destino creado por un poeta. No es decir que sea imposible; pero es el menos posible de todos los héroes de novela.—(N. del A.)

dolores; nosotros les callaremos. ¿A qué contarles? De lo que aquí se trata es del dandí, de su influencia, de su vida pública, de su papel social. Lo demás ¿qué importa? El que se muere de hambre sale de la atmósfera de afectaciones de toda sociedad para entrar en la vida humana: deja de ser dandí (1). Doblemos, pues, la hoja;

(1) ¿Dejó él también de serlo alguna vez?... Cierta día, un veneciano, que se contentaba entonces con ser el Canova de la música, y que ha llegado á ser su Gustavo Planche—M. P. Scudo, actualmente de la *Revista de Ambos Mundos*—daba en Caen uno de esos conciertos en que, como bufón y como músico, disipaba sus facultades en pasmar á los imbéciles, si los imbéciles eran nerviosos. Quiso tener en su velada al dandí desterrado, que era aún una potencia *rue Guillebert*. Habiéndolo encontrado en casa de un amigo, lo invitó, y sacando del bolsillo su paquete de billetes—cosa de trescientos—lo abrió como un manajo de cartas, para ofrecerle algunos, cuando Brummell, con un movimiento soberano y con la naturalidad de un dandí que tiene el mundo por suyo, se

pero no sin hacer á Brummell la justicia de reconocer que fué dandí hasta donde puede serlo un hombre en medio de la pobreza y del hambre. La facultad que en él descollaba permaneció erguida mucho tiempo sobre las ruinas de su vida. Las restantes que no valian sino para sostenerla,

apoderó de todos. «Jamás los pagó—dice M. Scouio—pero hizo aquella jugada de una manera admirable, y yo tuve una idea más acerca de Inglaterra á expensas de mi bolsillo.»

A poco tiempo de esto fué cuando se volvió loco, y como el dandismo, más poderoso que su razón, había penetrado todo el hombre, su locura se tiñó de dandismo. Tuvo la manía furiosa de la elegancia. No se quitaba ya el sombrero en la calle, cuando lo saludaban, por temor de desarreglarse la peluca, sino que devolvía el saludo con la mano, como Carlos X. Vivía en el *hotel de Inglaterra*. Ciertos días, con no pequeño asombro del personal del hotel, mandaba que le preparasen su habitación como para una fiesta. Arañas, candelabros, bujías, flores á granel, nada faltaba; y él, al fulgor de todas aquellas luces, ostentando toda

harmonizándose con ella, no sirvieron de nada para su gloria, ni de mucho para su fecilidad. Así, era poeta; tenía el grado de fantasía indispensable para un hombre cuya vocación es agrandar; pero las poesías que ha dejado, aunque notables para un dandí, no

la elegancia de su juventud, vistiendo el frac azul Whig con botonea dorados, chaleco de piqué y pantalón negro, ajustado como el calzón del siglo VXI, estaba en pie en el centro, y esperaba... ¡Esperaba la Inglaterra muerta! De repente, y como si se hubiese decidido, anunciaba á toda voz al príncipe de Gales, luego á lady Conyngham, después á lord Yarmouth, y, en fin, á todos los altos personajes de Inglaterra cuya ley viva había sido; y creyendo verlos presentarse á medida que los llamaba, y cambiando de voz, iba á recibirlos á la puerta, abierta de par en par, de aquel salón vacío, por la cual ¡ay! no debía pasar nadie aquella noche, ni las siguientes; é iba saludando á esas quimeras de su pensamiento, y ofrecía el brazo á las mujeres que entre todos esos fantasmas acaba de evocar, y que á buen seguro no hubiesen querido abandonar sus tumbas ni por un instante para acudir

ilustrarían á un escritor (1). No tenemos, pues, que ocuparnos de ellas. En este estudio de un hombre tan especial á su modo, todo lo que no es la

á ese *raout* de dandí caído. Esa escena se prolongaba mucho tiempo... Cuando todo estaba lleno de fantasmas, cuando había llegado toda esa gente del otro mundo, acertaba á llegar también la razón, y el desgraciado se apercibía de sus ilusiones y su demencia, y entonces caía en uno de aquellos sillones solitarios, donde le sorprendían bañado en lágrimas!

Pero en el *Bon-Sauveur* esas locuras fueron menos conmovedoras. El mal empeoró y adquirió un carácter de degradación que parecía un desquite de la elegancia de su vida. Imposible contar cada... ¡Afrentosa ironía del terrible genio de la burla, oculto en el fondo de todas las cosas, que acaba por reivindicar su parte en la vida ligera de los que más se han burlado! El pabellón del *Bon-Sauveur* hizo pagar á Brummell el pabellón de Brighton. Entre esos dos pabellones está su vida.—(N. del A.)

(1) Mr. Jesse, á quien habrá que mencionar en adelante siempre que se

vocación misma, todo lo que no es el dedo de Dios sobre la inteligencia debe dejarse á un lado.

trate de Brummell, cita en su libro versos del célebre dandí. Los había escrito Brummell en un álbum bellísimo donde habían escrito los suyos Sheridan, Byron y el mismo Erskine. No son versos de álbum, líneas trazadas rápidamente, sino composiciones bastante extensas, y en que circula cierto soplo de inspiración.—(Nota del A.)